

trito llamado Dara y aliándose con el jefe del país (Kifuña) proclama altamente su intención de ir sobre Kaseh cuando empiece la estación de los viajes, época en que esta población se ve privada de una parte de sus defensores por la dispersión de los traficantes que van en busca de marfil.

Toda la población está alarmada y los árabes en masa vienen á solicitar mis consejos condenando la conducta de Snay y rogándome que sea mediador entre ellos y Manua Séra. Yo deseo ciertamente hacerles este servicio, pero en el estado á que han lle-

gado las cosas, no les oculto que mi intervención me parece inútil. «Snay les digo, ha tomado las armas contra mi parecer, no es ya tiempo de mandarles que vuelva, y á no ser que los árabes se manifiesten unánimes en el deseo de llegar á una avenencia, no puedo aceptar una misión que me sería imposible llevar á buen término.» Me responden que la mayor parte de sus compatriotas está todavía en Kaseh, que todos quieren la paz á cualquier precio y que aceptarán sin reserva las condiciones que yo fige. Sus instancias no me dejan mas alternativa que enviar á Manua



Limpiadores de sorgo en el Unyamueci.

Séra una embajada para informarle de lo que ocurre y saber sus intenciones. Nuestros cuatro mensajeros (dos de mis hombres y dos esclavos de Musa) vuelven sin haber podido encontrar al jefe fugitivo que va sin cesar de un sitio á otro, perseguido á cada paso por los reyezuelos del país, cuyos graneros saquea su pequeña banda y sobre cuyas cabezas atrae con su presencia toda especie de calamidades. Así aborta nuestra segunda tentativa de pacificación. Musa no manifiesta por ello gran sentimiento. «Manua Séra, dice, jamás creería en el juramento de los árabes aunque se mezclase la sangre de ellos con la suya.» Esta ceremonia se practica en las ocasiones mas solemnes por medio de una incision en la pierna de las dos partes contratantes.

Del 18 al 25 de febrero. No teniendo ya nada esencial que hacer Grant y yo salimos á cazar. Nos prometén que encontraremos en la orilla izquierda del Nulla-Walé, á alguna distancia de aquí antílopes

negros y blanc-bocks ó antílopes acuáticos, de los cuales todavía no tengo muestras. Por desgracia estuvimos en una region pantanosa donde mi compañero cogió una gran calentura que le impidió hacer nuevas salidas. Por mi parte aunque estuve metido en el fango hasta medio cuerpo durante una parte del día, no ví mas que un antílope negro y de siete blanc-bocks que logré herir, no pude coger mas que uno y esto gracias á varios leones que le hicieron venirse hácia nuestro campo y cuyos rugidos nos dieron la voz de alerta. Al apuntar el día me puse á perseguirlos, pero estos prudentes animales habian huido ya abandonándome la mitad de su presa.

Del 25 de febrero al 13 de marzo. De regreso á Kaseh, donde ninguna atención especial nos ocupa, pasa el tiempo en tomar informes sobre las comarcas lejanas donde voy á entrar, en aumentar mis colecciones geológicas y sobre todo en hacer largos cálculos de astronomía. Todo esto me ocupa hasta el 13 de mar-

zo, día infausto en que la aldea de Kaseh se halla de improviso sumergida en el luto y en el llanto. Algunos esclavos que han llegado de noche, despues de haber caminado secretamente por los bosques donde les esperaba una muerte cierta á haber sido descubiertos, nos anuncian que Snay, Jafu y otros cinco árabes han sido muertos con un gran número de sus esclavos. La expedición habia empezado bajo los mejores auspicios. Hori-Hori, el jefe de Khoko, habia caído

en el primer combate; una gran parte de sus súbditos habia sido reducida á la esclavitud; un ganado numeroso habia sido arrebatado á viva fuerza, y en fin, el marfil, el precioso marfil, habia vuelto á las manos de sus legítimos propietarios. Prosiguiendo sus ventajas los vencedores, habian tomado á Usekhé, que se rescató mediante una fuerte suma. Pero entonces, sabiendo que una caravana entera con un cargamento de 5,000 duros acababa de ser cortada por los hombres



Fabricacion de la cerveza en el Unyamueci.

de Mzanza (1) tuvieron la desdichada idea de dividir su pequeño ejército en tres destacamentos, uno de ellos debia llevar á Kaseh el botín ya hecho, el otro formar una reserva en Mdaburu en el límite oriental del desierto y el tercero mandado por Snay y Jafu marchar á la aldea de Mzanza. Los dos jefes árabes hicieron al principio maravillas, pero entusiasmados por la facilidad misma de sus triunfos, olvidaron pronto las precauciones mas indispensables. Un cuerpo de vuahumbas acudió al socorro de los vuagogos y cayó de concierto con ellos y de improviso sobre los

invasores hasta entonces victoriosos, que fueron al primer choque dispersados por todas partes. Los que tenían buenas piernas pudieron librarse de la muerte; los otros cayeron sin escepcion alanceados por los indígenas. Nadie pudo decirnos cómo habia muerto Jafu; en cuanto á Snay despues de haber tratado de huir, llamó á uno de sus esclavos, y dándole su fusil le dijo: «Soy demasiado viejo para correr tanto como tú; toma esta arma que te regalo como un recuerdo; voy á echarme aquí en el suelo á esperar la suerte que la Providencia me depare;» desde entonces no se ha vuelto á saber de él. Pero hay mas, los esclavos portadores de estas tristes noticias, encontraron en Kigué,

(1) Pequeño distrito á 10 millas al Norte de Usekhé.

en todo el desorden de una fuga precipitada, al primer destacamento encargado de llevar el botín á Kaseh. Manua Séra le había armado una emboscada apostándose en el camino, con trescientos ó cuatrocientos hombres, en una aldea fortificada y desconcertando toda defensa por la violencia del ataque. Quedaba la columna de Mdaburu que debía marchar al socorro de las caravanas detenidas en Kanyenyé; pero la cerraron el paso los de Mzanza, ó por mejor decir, la insurrección del Ugogo entero. En fin, Manua Séra victorioso en todas partes, amenazaba marchar sobre Kaseh. Los árabes, después del primer acceso de su dolor, vinieron de nuevo á visitarme en cuerpo y á reclamar mi auxilio, sin el cual, según decían, nada podía salvarlos de una ruina completa. Les respondí con sentimiento que me era imposible prestarme á sus deseos y que teniendo por mi parte deberes que cumplir como ellos tenían los suyos, partiría infaliblemente dentro de dos ó tres días.

Del 14 al 17 de marzo. La gente de Musa me ha traído de Rungua treinta y nueve hombres de carga; dicen que habían reunido ciento veinte, pero que á 10 millas de Kaseh todos se han dispersado á escepcion de los treinta y nueve, al oír la relación de algunos viajeros que ponderaban los desastres de los árabes y las amenazas de Manua Séra. Mi descontento es tanto mayor cuanto que ninguno de los esclavos de Musa quiere entrar á mi servicio. Los árabes por otra parte tienen demasiada necesidad de ellos para dejarlos marchar. Decidido á luchar contra este concurso desagradable de circunstancias, resuelvo salir para Rungua seguido de todo el equipaje que pueda llevarme. Bombay, á quien dejaré cerca de Musa, me enviará el resto cuando pueda enviarle con hombres de carga. Ofrezco á mi huésped el último reló de oro de los que el gobierno de la India había puesto á mi disposición; el jeque Said recibió la orden de llevar á la costa tan luego como el camino esté practicable, nuestras cartas y la totalidad de las muestras. En seguida me dirijo hácia el Norte con Grant y Baraka seguidos de todos los hombres de mi comitiva que se hallan en estado de llevar un peso y de algunos mayordomos de Musa, con quienes cuento para proporcionarme pagazi.

Del 17 al 21 de marzo. *Masangé, Iviri, frontera del Usagari, Nullah de Cross Gombé.*—En Iviri, en la frontera Norte del Unyanymbé, encontramos varios agentes reclutadores enviados por Mkisiva para obtener soldados destinados á tomar parte en las operaciones militares de los árabes de Kaseh contra el terrible Manua Séra. Su procedimiento consiste en ir de un lado á otro tocando campanillas y proclamando en alta voz que si en un tiempo dado cierta parte de la población no se ha alistado en las banderas, el jefe

de la aldea será hecho prisionero y las plantaciones confiscadas en beneficio del príncipe. Mi gente se amotina porque quiere mayor equivalente de su ración cotidiana. Se había convenido en que daría á cada uno un collar de perlas para su alimento diario. Es precisamente triple de lo que los árabes les conceden y hay que advertir además que el género de los traficantes es inferior al mío. Resisto, pues, y sitiando por hambre á mi gente, la obligo á marchar adelante.

22 de marzo. *Ungugu.* Estamos en el distrito de Usagari, territorio de Singiña, jefe de los Unyambewa. Este príncipe se halla en campaña, pero su mujer, antigua conocida, me recibe con afabilidad y cortesía perfectas.

23 de marzo. *Usenda.* Pasamos al distrito de Ukumbi. Los habitantes de una aldea, tomándonos por antiguos enemigos suyos, vienen tumultuosamente á nuestro campamento, con la lanza alta y el arco tendido. Sus grotescas actitudes, sus contorsiones frenéticas asustan á varios de nuestros hombres de carga, que arrojando sus fardos echan á correr; todo se apacigua sin embargo y llegamos á Usenda, pequeño establecimiento, fundado por un negociante mestizo, á quien llaman Sangoro. Ha dejado aquí un serrallo completo y ha salido para el Norte, donde piensa abrir relaciones comerciales con el Karagué. Corre, sin embargo, el rumor de que Suwarora, jefe del Usui, le ha detenido á su paso para asegurarse el socorro de los fusileros que componen su escolta é impedir por este medio las depredaciones de los vuatutas; terribles merodeadores que viven exclusivamente del ganado robado á los demás pueblos.

24 de marzo. *Myninga.* Los bosques y los llanos cultivados se suceden alternativamente. Atravesamos llanuras fértiles, donde crece en abundancia la palmera llamada *pan de especias*. El grande hombre del distrito es un antiguo traficante arruinado, llamado Sirboko, que nos ofrece una hospitalidad bastante cómoda. A creerle, los vuatutas han devastado recientemente á Rungua y yo debiera detenerme en este distrito, donde hallaría con mas facilidad hombres de carga. Consulto á los mayordomos de Musa, los cuales confirman la relación de Sirboko, y finalmente, me muestro decidido á hacer alto, lo que causa una explosión de júbilo en las filas de mi pequeña tropa. Con esto vuelvo en mí creyéndome víctima de algun complot, pero es demasiado tarde; nadie quiere marchar y como siento tener que llevar conmigo tantos pobres enfermos, me resigno á aprovecharme por algunos días mas de la amplia hospitalidad de Sirboko.

La historia de éste es la siguiente. Traficante en marfil, por cuenta de algunos árabes de Zanzibar, visitó el Uganda en vida del difunto rey Sunna; comerció también en el Usoga; pero al volver de es-

tos países del Norte, un incendio que estalló en una aldea, donde se había detenido, consumió todas sus mercancías y le redujo á la mas completa miseria. En cambio, tuvo la fortuna de auxiliar al jefe del distrito atacado en su *boma* por los vuatutas y que iba á renadirse ignominiosamente cuando Sirboko, reanimando su valor, le puso en estado de rechazar al enemigo. Una gran concesión de tierras fue la recompensa de esta hazaña de Sirboko, que volviendo á la costa temía ser preso por deudas, prefirió quedarse aquí y cultivar con esclavos su vasta propiedad. Cultiva con preferencia el arroz, porque los indígenas, no gustando de este alimento, no tienen tentaciones de robarlo.

Del 25 de marzo al 2 de abril.—Hasta el 2 de abril no llega la gente de Musa con trescientos hombres; les he dirigido inmediatamente sobre Kaseh con la correspondencia y las muestras y escribo á Musa y á Bombay para que se me unan inmediatamente. Mientras esperaba la vuelta del convoy un esclavo de Sirboko, cargado de cadenas por su orden, invoca de la manera mas patética mi protección y mis buenos servicios; «*Hai, Bana Wangi, Bana Wangi* (¡Oh, mi señor, mi señor), tened compasión de mí, decia. Os he visto en Uvira, á orillas del lago Tanganica, cuando era todavía libre. Después, herido por los vuatutas y dejado por muerto en el campo de batalla, he sido recogido por los de Ugigi y me han vendido á los árabes. Libradme Bana Wangi y os serviré fielmente toda mi vida.» No supe resistir á esta petición patética y obtuve de Sirboko, diciéndole que nada perdería en ello, la libertad inmediata de este desdichado que bautizado con el nombre de Jarhan (el júbilo), fue inscrito en la lista de mis voluntarios. Me aproveché de esta circunstancia para tratar de saber si la tribu de los vuambembé de que formaba parte, era á la vez mahometana y canibal. No me fue difícil adivinar lo primero: en cuanto al canibalismo de los vuambembé, parece tanto mas cierto, cuanto que se les ha visto con frecuencia cambiar con sus vecinos una cabra en buen estado por un niño enfermo ó moribundo que destinan á sus horribles banquetes; siendo para ellos la carne humana un objeto de predilección. No hay por lo demás ninguna otra tribu sobre quien pese la misma sospecha; los masés y los pueblos que tienen con ellos un origen comun (vuahumbas, vuataturus, vuakasangés y vuanyarambas) los mismos vuagogos y los mismos vuakimbus se someten al rito feudal del islamismo.

Del 2 al 30 de abril.—Durante un tiempo de descanso que pone á prueba mi paciencia, pasola vida en completar las colecciones, disecar las aves, dibujar, etc. El 15 llega Bombay trayendo todo lo que había dejado atrás y cierta cantidad de mercancías pertenecientes á Musa; pero Musa no parece. Si he de creer

lo que dice una carta del jeque Said, los traficantes árabes, de regreso á Kaseh, después de una campaña feliz contra Manua Séra, se han opuesto á la partida de mi huésped y le han persuadido á aplazar su viaje al Norte. Ahora está ocupado en vender en pública subasta las propiedades de Sna y Jafu y otras víctimas de las últimas hostilidades; pero se me advierte secretamente de su parte, que tan luego como concluya la recolección del arroz se apresurará á ir á unirse conmigo en el Karagué. Said añade el consejo de precipitar mi viaje lo mas posible, porque los árabes me acusan de conspirar con Manua Séra, y marcharán pronto contra mí si saben mi partida.

Disgustado por la conducta de Musa y sus perpetuas vacilaciones, le escribo para manifestarle mi descontento é intimarle á cumplir inmediatamente sus promesas. Habría marchado sin él, pero los hombres de carga que han traído hasta aquí la parte de equipaje que había dejado atrás, no quisieron acompañarme hasta el Karagué y mucho menos cuando vieron llegar cinco días después una parte de los sangoros que refirieron todas las exacciones y malos tratamientos que habían sufrido durante su estancia obligada de tres meses en el Usui. Suwarora era un espantajo, ante el cual huían todos mis compañeros. Las cosas fueron de mal en peor cuando los de Musa trajeron de Rungua la noticia de que los terribles vuatutas se habían esparcido por el país robando á las mismas puertas de la aldea unas cincuenta cabezas de ganado, de suerte que nadie se atrevía á salir fuera de la población. En el intervalo había yo enviado á Baraka hácia Kaseh con encargo de ofrecer á Musa, en cambio de cincuenta hombres armados de fusiles, una prima igual á lo que habría costado la adquisición de cincuenta esclavos. Además pagaría á estos hombres como á los otros servidores míos. La respuesta que recibí el 30 no hacía ninguna mención de esta petición, y como me dejase en la mayor incertidumbre, resolví volver inmediatamente á Kaseh, para pedir esplicaciones, bien á Musa bien á sus colegas.

Resolví también en esta terrible dificultad despedir á los cuatro hotentotes que me quedaban, los cuales, atormentados por la ictericia y la fiebre, no habían podido aclimatarse; á escepcion de uno solo, demasiado negro para poder cambiar de color, los demás tenían la tez semejante á una moneda de oro. Esperímente un verdadero dolor al separarme de ellos después de haberles llevado tan lejos; pero aquella era la ocasión de tomar sobre este punto una decisión definitiva; mas tarde la vuelta á su país les hubiera sido imposible, y esta consideración dominaba sobre todas las demás.

1 y 2 de mayo. *Vuelta á Kaseh.*—Musa me dijo á mi llegada que Baraka acababa de marchar sin un solo hombre porque todos los esclavos temían la nueva

alianza hecha por los árabes. Me anuncian por otra parte que Suwarora ha hecho construir en sus fronteras una serie de *bomas* ó casas fortificadas y que proclama altamente su intencion de matar á todo el que procedente de la costa se permita penetrar en el Usui. Estas comunicaciones me sumergen en el mas profundo abatimiento, pareciéndome evidente que no podré ya llevar conmigo ningun hombre capaz de portear un fardo.



Herreros unyamuezi.

depende sino de mí que cese un estado de cosas tan contrario á sus intereses, y que cuando haya cesado me darán para escoltarme todos los hombres que yo quiera. Despues de haberles manifestado lo absurdo de su conducta, me dejé poco á poco ablandar hasta el punto de redactar los artículos de un tratado de paz que se comprometieron á ejecutar una vez firmado, bajo la pena de confiscacion de sus dominios en la costa. Pero apenas se habian marchado, cuando Musa vino á contarme el asesinato del anciano Maula (de Rubuga), cometido por uno de ellos con todas las circunstancias de la mas abominable traicion. Asi es que á la mañana siguiente, cuando se presentaron para

Del 3 al 13 de mayo.—Baraka se ha vuelto atrás cuando ha sabido mi regreso á Kaseh. Su testimonio confirma el de Musa. Los árabes multiplican sus exhortaciones y no ven salvacion sino en mi intervencion. Manua Séra corta el camino á sus caravanas, cuyos hombres de carga disminuyen poco á poco por efecto ya de la desercion ya del hambre. Este temible enemigo recorre el distrito dando caza y matando á tiros á los desdichados aldeanos. Añaden los árabes que no

firmar el tratado, les recibí muy mal, reconviniéndoles por el asesinato de que uno de mis protegidos acababa de ser víctima. Fue, sin embargo, necesario aceptar sus vanas excusas y prestarles algunos de mis hombres, mediante un salario convenido para que se encargasen de ir á negociar el armisticio que debia concertarse con Manua Séra. Esta diputacion, puesta á las órdenes de Baraka, volvió el dia 6 trayendo en triunfo á dos ministros de Manua Séra, el uno tuerto, á quien llamaré el cíclope, y otros dos pertenecientes á un jefe llamado Kitambi (Pañito-Azul) que es actualmente huésped y aliado del Borracho. Estos dos potentados recibieron á mi gente con

muchas consideraciones reconociendo á porfía uno y otro que Manua Séra, sin mi intervencion, jamás podría recobrar el trono. En virtud de esta consideracion, despues de algunos escrúpulos, motivados por el asesinato de Maula, el jóven jefe se arriesgó á enviar sus mensajeros, aceptando la garantía del *Bana Mzungu* (el señor blanco). Por lo demás exige que se negocie la paz en el Uyanymbé; «porque seria, dice, contrario á su dignidad el tratar en otra parte

que no fuera el territorio de sus mayores.» Quiere además que las primeras negociaciones se entablen en el tembé de Musa.

A la mañana siguiente 7, ante la asamblea de los árabes y en presencia de toda mi gente, los dos jefes oyen solemnemente las proposiciones que Baraka está encargado de hacerlos en mi nombre. Luego que ha concluido, los árabes se adhieren á ellas completamente. El cíclope entonces, con una elocuencia dig-



Mujeres del Unyamuezi machacando sorgo.

na de nuestro primer ministro, resume rápidamente los incidentes de la guerra. «Su jefe, dice, no tiene odio contra Snay, y muerto éste, Manua Séra no desea sino la paz.» Los árabes responden en términos convenientes, atribuyendo sus resentimientos á una injuria obscena que Manua Séra se habia permitido, respecto de ellos, á injuriosas alusiones á cierto rito del culto musulman. «Eso como lo demás, se olvidará, dijeron, pues que Manua Séra manifiesta un deseo sincero de reconciliacion. En seguida se entra en la cuestion delicada del territorio que hay que devolverle; yo esperaba que reclamase el Uyanymbé entero; el cíclope, por el contrario, pre-

tende que se le podrá contentar con menos, hallándose ya repartido este reino, pero este punto será objeto de una conferencia que se celebre con el mismo Manua Séra, á quien invito á venir inmediatamente porque me es imposible diferir mi partida. Musa, sin embargo, no está todavía completamente decidido á seguirme, ó por mejor decir, no quiere acompañarme mas allá de las fronteras del Usui, temiendo que en la costa le hagan responsable de las exacciones enormes que voy á tener que sufrir. Por otra parte, está muy enfermo y se atraca de píldoras para ponerse en estado de acompañarme cuando marche; estas píldoras no son sino botones de rosas seca-